

estoy decidido á permanecer en mi puesto. Y si no vemos la victoria, á morir, ó sobre las murallas, ó en las escaleras de este edificio.

Otro día se trató de la incomunicación de los presos políticos, y los debates tomaron el mismo aspecto de guerra y de violencia.

El ciudadano Raoul Rigault: Ayer, estando yo ausente, habeis decidido que todos los miembros de la Comunidad tienen derecho de visitar á todos los presos. De acuerdo en esto con la Comision de vigilancia que habeis adjuntado á mis trabajos, pido que revoqueis vuestra medida, á lo ménos respecto á los incomunicados. Si manteneis vuestro voto, me veré en el caso de ofrecer mi renuncia; y no creo que nadie pueda en esta situacion aceptar tamaña responsabilidad.

El ciudadano Arturo Arnould: Resulta de las palabras del ciudadano Rigault, que la incomunicación se mantiene hoy. Protesto enérgicamente. La incomunicación tiene mucho de infame. Es la tortura moral sustituida á la tortura física. En nombre de nuestro honor, decidamos romper ahora mismo todas las incomunicaciones decretadas. Aun bajo el aspecto de la seguridad, semejante medida peca de inútil. Se encuentra siempre algun medio de comunicar con el exterior. Nosotros hemos sufrido esa bárbara pena bajo el Imperio, y hemos logrado comunicar con el exterior, y hasta poner artículos de nuestro puño y letra en los periódicos. Condeno la incomunicación, y os propongo que os asociéis á mis votos en completa consonancia con vuestras ideas.

No comprendo cómo hombres que han pasado su vida combatiendo los errores del despotismo, cuando están en el poder, repitan estos mismos errores. Escoged. O la incomunicación es buena ó es mala. Si es buena, no debimos combatirla; si es mala, no debemos mantenerla.

El ciudadano Rigault: El que no ha visto jamás los informes que preceden á la clausura de un criminal, puede enternecerse así

por sentimientos de humanidad y de familia.

El ciudadano Vermorel: Yo creo que colocado el problema en la esfera de los principios, la incomunicación no puede ser sostenida; pero creo también que los detenidos políticos, los presos políticos, son vuestros enemigos. ¿Si suprimís la incomunicación, cómo encontrar los cómplices? Protesté de esa medida tomada contra mí, bajo el Imperio, es verdad. Pero protesté porque habia sido preso arbitrariamente. No creo que haya quien sostenga la incomunicación absoluta, porque entonces el proceso seria imposible, siendo su instrucción difícilísima.

El ciudadano Rigault: Declaro que á consecuencia de lo imposible que es armonizar nuestra nueva posición y las necesidades del servicio, no tengo más remedio que presentar y mantener mi renuncia. Pido, pues, que se vote inmediatamente acerca de mi reemplazo.

El ciudadano Babick: Pido que se me oiga una proposición. Propongo que el ciudadano Arnould que ha criticado tan vivamente al ciudadano Rigault, sea nombrado en su lugar.

El ciudadano Andriev: Pero si esa proposición del ciudadano Babick se acepta ¿á dónde vamos á parar? Si nos obligan á sustituir todos los cargos, cuyo ejercicio criticamos, ¿qué va á ser de nosotros? Eso es absurdo.

Muchas voces: Justo, justo, justo.

Después de un debate interminable en que se decían toda suerte de extravagancias, la renuncia del dimisionario es aceptada y luego su ilustre persona por otro medio indirecto reinstalada en las mismas funciones que antes desempeñaba. Así la Comunidad revolucionaria se desacreditaba cada día más, y su acción se perdía y se paralizaba por estas mutuas sospechas y estas continuas contiendas. Ó no es nada el gobierno, ó es la unidad de acción juntamente con la unidad de pensamiento. Las Asambleas que se empeñan, saliéndose de su natural esfera en gobernar, caen siempre en irreparables catástrofes.

CAPITULO CII.

LA JUNTA DE SALVACION PÚBLICA.

En el capítulo en que delineamos el retrato de Rossel nos referimos al origen de la Junta de Salvación pública y á parte de los móviles que habian determinado su establecimiento. Pero como este sea asunto de la mayor importancia, no puede tratarse por mera incidencia y reclama especialísima y madura atención. Reinaba por entonces en París la superstición de los nombres y el remedo de las antiguas escenas revolucionarias. Una literatura apasionada y una crítica débil convertidas en apologistas ciegas de la revolución francesa infirieron al buen sentido político el agravio de restaurar todos los errores, todos los crímenes y todas las instituciones, causas primeras del aborto de la República y del triunfo de su funesto heredero, el maldito Imperio. Un día que el gran escritor Edgar Quinet quiso desde el destierro llevar la crítica al seno de la revolución, se alarmaron los revolucionarios históricos y le infirieron toda suerte de agravios sin respetar sus ilustres canas y sus antiguos servicios. Habíamos llegado á constituir una especie de santoral

como los más piadosos y los más intolerantes católicos. Habíamos llegado á convertir la revolución francesa en fantástica leyenda. No se medían las diferencias de tiempo, de circunstancias, de educación pública, de fé política; se creía que con restaurar inconsideradamente algunos nombres de aquella época ciega pero heroica, sin restaurar su ceguera, se habia restaurado su heroismo.

El pueblo, á causa de nuestra atrasada educación pública, cree firmemente en esa especie de amuleto y de sortilegio que se llama la virtud de los nombres. Y así como durante el gobierno de la defensa Nacional pedía el gobierno de la Comunidad revolucionaria, durante el gobierno de la Comunidad revolucionaria, pedía el gobierno de la Junta de Salvación Pública. En esta popularidad de fórmula semejante mostrábase también extrañísima anomalía, explicada sólo por la confusión de todas las nociones políticas. Pretendían pasar los comuneros de París por federales, por ardientes partidarios de la doctrina que consiste en reconocer primero al

ciudadano con sus derechos, y la igualdad de estos derechos en todos, agrupándolos en ayuntamientos, y los ayuntamientos en Estados, y los Estados en Naciones, y las Naciones en una confederación europea, comienzo de la confederación universal. Y estos federales, aceptaban la tradición jacobina, la más radicalmente opuesta á todos sus principios, la más enemiga de todos sus derechos. Y llevados de tal error, importunaban diariamente á la Comunidad, para que fundase la Junta de Salvación Pública, como una prueba de energía, como una nueva afirmación revolucionaria, como una amenaza á los traidores, como un comienzo de inmediata dictadura. Llenábase de firmas en todos los clubs, la siguiente petición revolucionaria: «Considerando que la situación de París es cada día más grave, y exigiendo los acontecimientos un acto de suprema energía á la altura del recio peligro, pedimos á la Comunidad que proceda sin pérdida de tiempo al nombramiento de una Junta de Salvación Pública investida con plenos poderes para decretar la victoria y con bastante fuerza para cumplir sus decretos.»

Siempre la eterna manía de remedar la revolución. Hija de quince siglos de errores, nacida para fundar una sociedad nueva, en el calor tropical de aquel hervidero de ideas, en las ráfagas eléctricas de aquel ardiente Sinaí, cuando los reyes y los señores feudales, todavía poderosos, se conjuraban para perderla y remitían á una guerra universal y extraordinaria, el cumplimiento de sus torbos juramentos, podía la Convención, trasfigurada porque el espíritu de la humanidad se agolpaba á su cabeza, crearse un concilio, y decretar, como si fuera un Dios, victorias que no estaba en su mano conseguir, sublime decreto inmortalizado por la milagrosa fidelidad de su cumplimiento en aquella época de las erupciones sociales; pero esto mismo en nuestro tiempo, en una guerra civil de hermanos contra hermanos, francamente,

traspasaba la imperceptible línea que hay entre lo sublime y lo ridículo, y demostraba en unos y otros, en los que demandaban y en los que satisfacían esta demanda, bien extraña demencia.

La discusión tomó subido color y produjo gravísimas incidencias. El número de comuneros presentes excedía bien poco de la mitad. Las fuerzas contrarias se equilibraban. Y una cuestión de nombres al cabo se convertía en formidable cuestión de principios. Miot presentó la proposición convenientemente formulada. El primero en salirle al encuentro fué Vaillant, joven de mérito, fatigadísimo y envejecido por los estudios que cursara en tres universidades alemanas, donde aprendió desde las abstrusas ciencias filosóficas hasta las prácticas ciencias médicas, y abrazó desde el problema del origen de los seres hasta el problema de la extinción del pauperismo. Dado á las teorías tropezaba por doquier en la realidad; conociendo mejor los apartados astros, compañeros del sol, que los cercanos correligionarios, compañeros de Asamblea y de gobierno. En una sola cosa fué verdaderamente práctico, en ejercitar su instinto de conservación. Antes de la Comunidad conspiró mucho sin caer nunca en garras de los esbirros; después de la Comunidad se salvó del general castigo refugiándose en Alemania. Pertenece al número de esos políticos que ensayan los problemas sociales en las espaldas de los pueblos como un matemático pudiera ensayar los problemas algebraicos en espaciosa pizarra. Su primera objeción al proyecto de Miot no tenía respuesta; presentábase de improviso, sin la debida preparación y sin número suficiente de diputados á la singular Asamblea.

Sostenía en todos aquellos debates las ideas más raras y los proyectos más insensatos, Regere, un viejo veterinario de Burdeos, á quien unos aborrecían por haberle sin razón levantado el falso testimonio de clerical y otros por haberle visto romper con su tra-

bajo la miseria común al pueblo, elevándose penosamente desde la oscuridad sobre muy sudados ahorros á la categoría de propietario. Bajo de estatura, rechoncho de cuerpo, atravesado de ojos, irregularísimo de nariz, pronto de palabra, nervioso de temperamento, inquieto en modales y actitudes, sus salidas de tono alcanzaron la triste fama reservada en el mundo á todas las extravagancias. Y como la Junta de Salvación Pública pertenecía al género de ridiculeces que le agradaban, sostuvo la Junta de Salvación Pública y la urgencia de discutirla y aprobarla para la inmediata salvación de París.

No hay para qué decir cómo sostendría el viejo Miot su engendro. De elevada estatura, de rostro bonachon y colorado, de hermosa cabeza ornada con largos argentados cabellos, de lengua y no ménos argentada barba, cualquiera hubiese tomado á este demagogo por un patriarca. Farmacéutico, diputado de la montaña en la segunda República, enemigo personal de Dupin, amigo de todos los republicanos avanzados, víctima de la traición bonapartista, expatriado largos años, comprendido en una amnistía y procesado luego, oscureció vida tan larga y servicios tan probados, encerrándose en la Comunidad revolucionaria, donde tuvo y mantuvo el proyecto de resucitar una institución tan vieja como esa Junta de Salvación que pertenece á zonas geológicas apartadísimas en el Génesis de nuestra sociedad.

El pálido joven Grousset, á quien ya conocemos, y que pertenecía á la Comisión ejecutiva próxima á ser reemplazada por la nueva Junta, se indignó profundamente y expresó su indignación profunda demandando el ser acusado, puesto que debía ser sustituido. Burlóse de él Miot diciendo que no había tribunal competente á procesar tan alto personaje. «Vosotros, comuneros, replicó Grousset, vosotros sois el Tribunal. ¿Queréis por ventura abdicar? Repito que los miembros de la Comisión ejecutiva somos los únicos

responsables, y queremos vernos juzgados antes de vernos destituidos.» El lindo Grousset miraba la cuestión puramente bajo el aspecto personal. Era la política para Grousset como un afeitado ó como un espejo. Rastoul, doctor en medicina, de ideas muy avanzadas, de arrebatos muy meridionales, de amor propio muy exaltado, pero de dignidad y de abnegación completa; extraviado más por excesivo amor á una República justa que por amor á la Comunidad revolucionaria, apoyó entonces la Junta de Salvación Pública diciendo que se trató en vano siempre de evitar una dictadura completamente inevitable. Billioray, de quien ya hemos hablado, pronunció estas palabras: «Me adhiero á la Junta de Salvación Pública. No debemos consentir por más tiempo la dictadura de los delegados á guerra. En esta parte del servicio se burlan de nosotros sin tener para nada en cuenta nuestras decisiones. Por el camino de dar tanta fuerza á los elementos militares se va hacia la dictadura; pero hacia la dictadura de la incapacidad. Si un militar pudiera salvarnos yo sería el primero en reconocerlo dictador. (Protestas.) La gerencia del ministerio de la Guerra es la desorganización de la desorganización. Necesitamos una Junta soberana que lleve de frente todos los servicios. Por eso proclamo la Junta de Salvación Pública. Babick se opuso con esta dura frase: «no quiero dictadura ni dentro ni fuera de la Comunidad.» Las únicas palabras sensatas en todo aquel debate salieron de labios de Langevin, tornero en metales, joven de veintiocho años, á quien su repentina elevación no había despojado del buen sentido, necesario en toda la vida humana, pero mucho más necesario en la vida política. «Dais, exclamó extraña virtud á los nombres. Los que bajo el dictado de Comisión ejecutiva apenas acertaban á reunirse una sola vez y á tomar las enérgicas disposiciones reclamadas por nuestras dificultades y por nuestros peligros, tampoco se reunirán y tampoco trabajarán bajo el dictado de Salvación Pública.»

Vermorel, estudiado ya en otra parte latamente, contra sus intransigencias antiguas, tuvo el acierto de rechazar esta inútil innovación. Más energía de parte de los que llevaban sobre sus hombros la pesadumbre inmensa del Poder Ejecutivo; más vigilancia de parte de la Comunidad podían al cabo conciliar todos los extremos. Chalain, joven de florida salud y de estéril inteligencia, de bella presencia y de escasa aptitud, de voz sonora y de ideas huecas, en raptos incomprensibles, propuso que se nombrara la Junta y que los junteros tuvieran facultades para prender y castigar á los mismos miembros de la Comunidad si estaban penetrados de que habían cometido alguna traición. Protestas unánimes se elevaron en toda la Asamblea contra la estúpida insinuación de transmitir esas atribuciones verdaderamente venecianas al nuevo poder público.

Hasta aquí, la sesión primera en que se trató este asunto. Veamos la segunda. Primero hay un acaloradísimo debate sobre la inserción de las sesiones en el periódico oficial; después se entra plenamente en el grande asunto. Viard, uno de los hombres más prácticos de aquella Asamblea y menos imbuidos de las ideas comunistas, proponía que se definiesen y se concretasen bien las facultades principales de la Junta. Ostyn, empleado de mucha honradez, y de algun desahogo, conducido al gobierno revolucionario por la popularidad alcanzada en los clubs rojos, pero una vez allí, inclinándose siempre á la moderación y á la prudencia, resumió su juicio sobre el nuevo poder en esta frase felicísima: «Esa Junta soberana es la monarquía disfrazada.» Johannard, uno de los miembros más importantes de la Internacional, y uno de los jóvenes más exaltados de la Comunidad, pedía con grandes instancias la fundación del poder extraordinario. La locura política de este pobre joven, sólo es comparable á la locura material del pobre Allix, el autor de los telégrafos por caracoles

simpáticos, que provocaba todas las miradas con su lente de continuo acecho, y cargaba todos los oídos con su infernal garrulería. Andrieux, antiguo burócrata, á quien sus ambiciones habían llevado desde escribiente á diputado en la Casa de la Ciudad, se opuso al nombre concedido nuevamente á un poder gastado y viejo. Pero en cambio el confiado Dupont, que tantas veces cayó en la ratonera apercebida para perderlo por la misma policía napoleónica, gritaba con furia que se diese á la Comunidad el encargo de aniquilar á todos los traidores. El viejo Pillot, antiguo propagador de ateísmo, implacable enemigo de los hombres de la defensa nacional, clamaba por una junta que cumpliera é hiciera cumplir los decretos de la Comunidad, muy expuesta á caer desde las llamas ardientes de sus rojas ideas, en la templanza estéril de la segunda República francesa.

«Ese nuevo gobierno que fundais parece el gobierno de las obras, y será el gobierno de los impedimentos; parece el gobierno de la defensa, y será el gobierno de la capitulación.» Estas enérgicas palabras, á su vez parecen de un viejo experimentado, y son de un joven inexperto; parecen de un republicano sensato, y son de un republicano exaltado; parecen de un discípulo de Gambetta, y son de un discípulo de Blanqui; parecen de una robusta naturaleza férrea, fortalecida por una salud robusta, y salen de una garganta enferma, de un pecho destrozado, de un cuerpo enfermizo y enteco, del desgraciado Tridon, que á los treinta años podía laurearse con las palmas de inspirado escritor, á no impedirlo tristemente las exageraciones y los errores de sus exaltadas creencias. Por fin, tras calurosísima defensa de Miot, y frases incoherentes de Pyat, ciérrase el debate, sobre la totalidad, y se procede á la discusión por artículos, que es lánguida y sin ninguna importancia.

El día primero de Mayo se verifica la votación. Cuarenta y cinco votan por la Junta

de Salvación Pública, y veintitres en contra. La mayor parte de los votos aparecen motivados. Votan unos en contra, porque el nuevo gobierno sólo añade un nombre más á la lista larguísima de nombres inútiles; y ataca en sus bases los derechos de la Comunidad revolucionaria, y supone peligros que realmente no existen; y confundiendo todos los poderes, produce la dictadura arriba, el desorden abajo, y pertenece á la categoría de las palabras sonoras, destinadas á quitar fuerza en vez de darla, y desconcierta la hacienda pública, y tiene el valor de los amuletos, y remeda las escenas de la revolución francesa, resucitando contra el terror que ni sienten nuestros corazones ni soportan nuestros tiempos.

Los que votan rotundamente en pró, dan las razones contrarias. Votan en pró, porque la Junta de Salvación Pública no puede ser una dictadura peligrosa estando bajo la vigilancia de toda la Comunidad; porque ese dictado pertenece á la época más enérgica y más decisiva de la grande revolución; porque representa el más lato y el más extremo sentido revolucionario; porque si el gobierno comunero ha logrado el amor de todos los buenos, necesita el odio y la enemiga de todos los perversos; porque á los ataques sin motivo, deben oponerse las resistencias sin cuartel; porque la situación aparece más terrible todavía que la situación del noventa y tres; porque se necesita salir de la asesina incertidumbre y entrar en la enérgica acción; porque las traiciones penetran por todas partes y pudren hasta las más fuertes ramas del gobierno; porque no importa nombrar juntas ni comisiones de ningún género, siempre que se reserve uno el derecho de insurreccionarse contra ellas; porque se necesita prestar religioso culto á las palabras que en otro tiempo salvaron la libertad, la República y la democracia.

Dos documentos curiosísimos deben ter-

minar esta historia. Es el primero la crítica de la Comunidad, escrito por uno de sus miembros más importantes, por el filósofo Vaillant, que la llama parlamentillo charlatan, quemando hoy lo que adoraba ayer, y adorando mañana lo que ayer quemaba, incapacitado para toda resolución, traba de todo gobierno. El otro documento importantísimo, es la siguiente serie de rudas y merecidas protestas. «Los infrascriptos, considerando que han votado contra el establecimiento de la Junta de Salvación Pública, en la cual sólo han visto el completo olvido de los principios de reforma grave y social, que han animado la revolución del diez y ocho de Marzo; la vuelta dañosa ó inútil, violenta ó inofensiva, á un pasado que podemos estudiar, pero no plagiar, declaran que no presentarán de ninguna manera candidatos, y que consideran la abstención como la única conducta lógica y política.—Longuet, Lefrançais, Arthur Arnould, Andrieu, Ostyn, Jourde, Malon, Serrailleur, Beslay, Babik, Clemente, Courbet, Gerardin, Langevin, Rastoul, Vallés, Varlin.» «Visto que no podemos nombrar individuos de una institución por nosotros considerada tan fatal como inútil, nos abstenemos: Avrial, Clement, Vermorel, Theisz, Pindy, Gerardin.» «Considerando que la Junta de Salvación Pública es una institución dictatorial, incompatible con el principio esencialmente democrático de la Comunidad, declaro que no tomaré parte en el nombramiento de sus individuos. Langerin.»

El salto mortal estaba dado. Por una mera cuestión de nombres, la Comunidad se había fraccionado en dos bandos igualmente irreconciliables. Y ese gobierno de la revolución, de la energía, de la grandeza, forjado á tan alta temperatura, era en resumen gobierno transitorio de ocho días, que iba á desplomarse en la más irremediable y más oprobiosa impotencia.